

hijos en el fondo de aquella prision oscura y triste, sobre la cual se ciernen como las alas de un inmenso murciélago el hambre y la miseria; cuando describe este negro cuadro, el génio del Dante es el génio de Shakespeare. Pero cuando ve tranquilamente llegar á él dos almas, blancas como palomas, perdidas en los aires, pendientes de un eterno beso, dos almas que han vivido en las orillas del Arno, y allí han cantado sus desgraciados amores que todavía repiten los campesinos de Florencia y los gondoleros del Adriático á la luz de la luna; cuando describe estas lágrimas, cuando exhala estos quejidos, estos suspiros, su alma es puramente italiana, dulce como un soneto de Petrarca, melancólica y tierna como una melodía de Bellini. Y cuando su espíritu se pierde en los círculos de todos los dolores, de todos los castigos, ó se levanta gozoso á contemplar la eterna luz, á bañarse en la esencia de la eterna vida, su espíritu tiene el misticismo español, y lleva en sí como la semilla lleva la flor y el fruto, el génio maravilloso que se ha de encarnar más tarde en la mente de Calderon. El Dante merece el lugar que ocupa en esta apoteosis de las artes, porque en la série de los tiempos representa admirablemente la union del mundo

clásico y el mundo cristiano, y es el ideal de nuestras artes. A un lado está Demóstenes: su nombre trae á la memoria la elocuencia política que mueve los ánimos al amor de la humanidad y de la pátria, que es tempestuosa como las grandes pasiones, arrebatada como el espíritu del pueblo; solemne como la voz augusta de la libertad; esa elocuencia, que al espirar herida por el hierro de Filipo y Alejandro exhalaba entre lastimeras congojas sus más sublimes cánticos. Enfrente del gran Demóstenes aparece Ciceron. Demóstenes representa la naturaleza, Ciceron el arte; Demóstenes la elocuencia política, Ciceron la elocuencia forense, la académica y la política; Demóstenes brilla principalmente como orador, Ciceron como orador y como escritor; Demóstenes tiene la impetuosidad de las repúblicas griegas, Ciceron la calma, el reposo olímpico de Roma; Demóstenes combate por la libertad, Ciceron por la ley; Demóstenes, es la pasion exaltada, es el corazon que brota raudales de sentimiento en su elocuencia incomparable, Ciceron, como hijo de otra edad y de otro pueblo, es el concierto admirable de la razon, del sentimiento y de la fantasía; Demóstenes será siempre más elocuente, pero Ciceron será más universal; el ora-

dor griego reina en la plaza, el orador romano, en la plaza, en el foro, en los tribunales, en las academias; los dos reunidos son el mayor esfuerzo de la elocuencia, el mayor milagro de la palabra. Nótese cuán filosóficamente está completada esta página de la literatura en el techo del Paraninfo: en la línea que baja del cielo á la tierra, en la línea de la poesía, en la línea horizontal, en la línea humana, está la elocuencia, como que la poesía es la inspiración, la hermosura por la hermosura en sí, y la elocuencia es la inspiración aplicada á la sociedad y á la vida.

Sigue á la literatura la administración. Matrona de mirar sereno y continente majestuoso y reposado; ciñe una diadema, en la cual se engasta el ojo de la Providencia en señal de su celo por el bien público. Con la mano derecha sostiene un yugo cubierto de flores, indicando que el yugo de la ley es benéfico y suave. La balanza de la justicia acompaña el signo de la soberanía y del mando, como para decir que toda buena administración debe fundarse en los eternos principios del derecho. Descúbrese al lado de la figura un busto de Apolo, libros, el cadúceo de Mercurio y una máquina de vapor, simbolizando que una administración pró-

vida y justa hará florecer siempre las ciencias, las artes y el comercio. Al rededor de esta figura se ven los nombres de Xenofonte, Estrabon, Ustariz y Adam Smith. El primero, en su obra *De Econòmica* analiza el trabajo y sus operaciones, investiga el origen de las rentas públicas, recomienda la celeridad y la justicia en las causas de comercio, y da buenos consejos á los agricultores, resumiendo en sí toda la ciencia de su tiempo. El segundo representa el ramo importante de la estadística: dá noticias del comercio de las naciones, de sus riquezas, de sus caminos, de sus barcos, de la prosperidad y decadencia de las ciudades mercantiles, de las leyes, usos y costumbres de los pueblos dados al tráfico. El tercero es el Estrabon español. Su ciencia se levanta sobre el empirismo de los arbitristas. Su conocimiento de nuestro comercio, de nuestra marina, es grande y minucioso y señala ya en sus tiempos los vicios de que adolecía nuestro gobierno, y que eran rémora á nuestro progreso económico. El último, Smith, es el fundador de la economía política. Su gran obra, que tiene por objeto la investigación de las causas de la riqueza en las naciones, su obra es uno de los maravillosos monumentos del siglo diez y ocho. Él mostró

que la fuente de la riqueza es el trabajo, él dió el primer grito de libertad á las naciones mercantiles, él renovó toda la ciencia económica, allegando tambien los tesoros de los pasados siglos. Xenofonte, Estrabon, Ustariz, Smith, resúmen las principales fases de la economía política.

La última figura simbólica de la derecha del trono es la historia. Esta es una de las figuras en que más brilla el sentido filosófico del señor Espalter. Es una jóven rubia y de temperamento linfático, señal de que la historia fria y severa no se deja arrastrar por las pasiones. Examina atentamente un pergamino, leyendo con mirada escudriñadora los secretos del tiempo; y tiene enfrente un libro siempre abierto, siempre dispuesto á grabar los hechos que pasan, imagen viva de la memoria de la humanidad. A lo léjos se vé el horizonte nublado, oscuro, como los tiempos antiguos; en primer término un pedestal, donde brilla el busto de Jano, símbolo de lo pasado y lo presente; al pié del pedestal pergaminos, libros, medallas, en representacion de las ciencias auxiliares de la historia; y destacándose en el horizonte las pirámides de Egipto, símbolo de la edad oriental; la estatua clásica, recuerdo de la apoteosis del

hombre en Grecia; el bajo relieve romano, el lucente casco, simbolo de la guerra de la Edad media; las balas de cañon, que destruyeron los castillos donde anidaba el orgullo del feudalismo, y despertaron con su estampido la libertad dormida en el seno de los pueblos. Este cuadro admirable, que reúne todas las ciencias auxiliares de la historia, que pinta y reúne magistralmente todos los tiempos, se halla realzado por la figura principal, modesta, sencilla, hermosa, vestida con severidad, representando admirablemente la esencia y la forma de la historia. A la cabeza del cuadro se halla el nombre de Heródoto, el Homero de la historia que separa las edades divinas de las edades heroicas, y escribe con el acento de un semi-dios, con el misterio de un sacerdote; al lado derecho Tucídides, el historiador artista, pero humano, que pinta los dolores y las angustias, las glorias y los triunfos de un gran pueblo; á la izquierda Tito Livio, el Heródoto romano, cuya historia, más que la vida de un pueblo, encierra, como la ciudad eterna, la vida de la humanidad; y al pié, rematando este cuadro maravilloso, el escritor poeta, el escritor filósofo, el escritor trágico, el sombrío Tácito, cuyo nombre fué el gran castigo que la Providen-

cia mandó á los déspotas para mostrarles que la historia es severa como la conciencia de la humanidad, é inexorable como la justicia de Dios.

Con la historia terminan en el muro de la derecha las pinturas; pero quedan dos compartimentos del techo ocupados por esculturas. El primero simboliza la literatura; el segundo la astronomía y ciencias naturales. En el centro del primer compartimento aparece Homero, el pobre ciego que andando de region en region con su lira y sus cánticos, trasformó la teología bárbara de Oriente en la teología humana de Grecia, celebró el triunfo del hombre sobre la naturaleza, mostró el tránsito de la edad oscura de las absorbentes castas á la edad libre de las ciudades y de las pequeñas repúblicas; y dejó en sus versos, ora dulces como el acento de una vírgen, ora rudos como el resuello de un guerrero, el eterno ideal del mundo artístico. Sobre Homero resplandece Pindaro, representación de la primer forma de poesía, de la poesía lírica, que antecede siempre al teatro, y es la comunicacion del alma con la naturaleza y con su Dios. A la derecha está Eurípides, la gran figura que corona la tragedia griega, el sucesor de Sófocles, el que peleó, como Esqui-

lo, en los campos contra los persas, el que creó el tipo inmortal de Ifigenia, la hermosa vírgen ofrecida como víctima inmaculada á los dioses, el que cierra el más grande período literario de Grecia, el que renace al través del tiempo, en nuestro teatro moderno y en el inmortal génio de Racine. A la izquierda se vé á Plutarco, ese autor de las vidas paralelas, que resucita á nuestros ojos con la vara mágica de su génio los hombres más grandes de la antigüedad, y sorprende hasta las intenciones de su voluntad, hasta los secretos de su conciencia. Al pié, cerrando este cuadro, se vé á Terencio, como imágen de la comedia urbana, de la comedia social, de la comedia que más relaciones tiene con el teatro moderno, con Alarcon, Moreto, Tirso y Moliere, que son los más grandes autores cómicos de la literatura cristiana. Están, pues, representadas la poesía subjetiva, la lírica; la poesía objetiva, la épica; y la síntesis de la poesía lírica y de la poesía épica, la poesía dramática en sus dos grandes manifestaciones; la tragedia que se relaciona con lo infinito, y la comedia que se relaciona con lo finito, con la vida práctica, con el mundo.

Sigue el compartimento de la astronomía y ciencias naturales. En el centro se halla Thales,

que representa el espíritu humano, tomando las primeras lecciones de la naturaleza, pegado á la creacion como el niño al pecho de su madre, creyendo que el agua ha producido todas las cosas como la teogonía primitiva imaginaba que Vénus, el amor universal, surgió entre las ondulaciones de la blanca espuma de los mares. Sobre Thales se halla Hyparco, astrónomo y matemático griego que aplicó la geometría á la astronomía, haciendo así de una ciencia hasta entonces poco ménos que empírica, una ciencia racional fundada en leyes universales de la naturaleza y del espíritu; y á estos grandes adelantos unió estudios profundos sobre los equinoccios, la creacion de la trigonometría, de las proyecciones estereográficas, y la invencion del primer astrolabio. A la derecha se vé á Ptolomeo que reunió toda la ciencia de su tiempo y dió nombre á un sistema á que ha dado crédito la humanidad por muchos siglos. A la izquierda se vé Methon, que merece este recuerdo por haber armonizado el año lunar con el solar, por haber inventado el número áureo; y al pié está Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría que enseñó la oblicuidad de la eclíptica y la manera de medir un grado de meridiano, y que construyó la primer esfe-

ra armilar y el primer observatorio astronómico.

Con los dos compartimentos que hemos descrito, concluye el muro de la derecha del trono. En el muro de la izquierda se vé en primer lugar el compartimento de la filosofía. A la cabeza brilla el busto de Pitágoras. Este nombre enlaza la ciencia misteriosa de los sacerdotes orientales con el espíritu libre de los filósofos griegos. Su filosofía admite que Dios es la esencia de todo, y la esencia de Dios el número, y la esencia del número la unidad, en torno de la cual giran, como notas de un eterno cántico en cadenciosa armonía, las ideas, y los mundos, y los soles. En su filosofía se vé al espíritu levantándose de la naturaleza, donde estaba encerrado y oprimido, á la concepcion de la unidad espiritual; idea que rompía todo el materialismo precedente, y asentaba una ancha base para el progreso de la ciencia. Al pié de Pitágoras, se descubre el nombre de Heráclito, el sublime filósofo cuya tristeza es como el suspiro congojoso del alma en su continuo esfuerzo por alcanzar la verdad; Heráclito, que llegó á concebir que el verdadero sér es el sér concreto, y á explicar el desarrollo del mundo por oposiciones, de las cuales resulta la eterna

armonía, y á sentir en su interior un presentimiento de la verdadera conciencia del espíritu humano, esa mónada sublime, que refleja, según el dicho del filósofo, todo el universo. A la derecha, en la línea horizontal, se vé el nombre de Anaxágoras. Poniendo atento oído al rumor de los séres que pasan y se suceden continuamente en perpétuo indefinido movimiento; Anaxágoras no puede explicar esta sucesión de los séres y este continuo oleaje de los hechos, sinó por el impulso de una fuerza superior, indefinida, más elevada que el mundo, fuerza que ordena las cosas, y que el filósofo llama ya espíritu, encendiendo así con su sople la llama divina del espiritualismo en el altar de la ciencia. Pero este espíritu eclipsa todo el mundo cuando llega á penetrar en la conciencia de Xenófanes, filósofo cuyo nombre está á la izquierda de Anaxágoras, como principal representante de la gran escuela idealista, de la escuela de Elea. Perseguido por los guerreros persas, soldado de la libertad de su patria, poeta pobre y desvalido como Homero, viviendo de sus cánticos, alimentándose de la sustancia de su propio espíritu, Xenófanes llega á destruir el mundo material, la naturaleza, mas es para levantar á Dios el pensamiento

sobre las ruinas de la tierra y las pavesas de los astros. Estos cuatro filósofos personifican los cuatro grandes movimientos de la antigua ciencia humana. Pitágoras es el hombre levantándose del seno de la tierra; Heráclito la lucha interior del hombre para comprender su naturaleza y su vida, y el anuncio del espíritu; Anaxágoras el nacimiento de la idea del espíritu en la conciencia humana; Xenófanes la contemplación de sí mismo, en que se absorbe el espíritu, al nacer su filosofía, recreándose en su existencia. Toda la filosofía se resuelve, se resume en el nombre que está en el centro del compartimento, en Sócrates. Este filósofo revela el secreto del espíritu humano; enseña al hombre á convertir los ojos á su vida interior; descubre los misterios de la conciencia; funda la verdad, no en la naturaleza sinó en el inmediato conocimiento del espíritu, al cual no llegarán nunca las negaciones del escepticismo; muestra que la razón es la voz de Dios en el alma, y la conciencia la voz de Dios en la vida; funda la fé en el propio criterio, cegado ántes por los resplandores del mundo material; levanta sobre todos los oráculos el eterno oráculo del juicio humano; sobre todos los sacerdotes del paganismo, el eterno sacerdote, el pen-

samiento; separa la razón al conocimiento de lo verdadero y la voluntad á la práctica de lo justo; levanta la verdad, la bondad y la hermosura, como seres en sí, sobre todo lo variable y contingente; pone sobre las leyes de su tiempo el principio de justicia, que la razón enseña y la conciencia aprueba; y de esta suerte, por un esfuerzo incomprensible de su genio, se eleva á negar el paganismo: negación sublime que es la causa de su muerte, de aquella muerte tan amarga, pero tan grande, en que el filósofo prueba al espirar, con la sonrisa en los labios y la serenidad en el rostro, que la verdadera luz de la vida nunca anochece para el justo. Sócrates debía relucir en el centro de Pitágoras, Heráclito, Xenófanes y Anaxágoras, que fueron sus profetas, como el genio superior que mostró al hombre la tierra prometida de la ciencia.

Sigue al compartimento de filosofía el compartimento de medicina. En el centro se vé el busto severo del sublime viejo de Cos, de Hipócrates, que es en medicina lo que Homero en literatura, lo que Sócrates en filosofía. Su vida fué el sacerdocio continuo de la ciencia. Su nombre señala el tránsito de la medicina empírica á la medicina científica, de la medicina

teocrática á la medicina humana. Hipócrates abandona los sortilegios mágicos del Oriente, propios de la infancia de toda ciencia, y apela al estudio profundo de la vida y de la naturaleza. La observación es su gran criterio, la observación que es la llave del mundo material. Así era cirujano y médico, teórico y práctico, reuniendo los dos grandes caracteres, la idea y el hecho; porque el hecho, la práctica de la medicina sin la idea, es el empirismo ciego, y la idea sin la práctica, sin el hecho, es como una sombra que se pierde en lo abstracto y en lo vacío. El médico debe derramar sus pensamientos, su ciencia, como un oloroso bálsamo en el cuerpo dolorido del hombre. Estudió Hipócrates, guiado por estos grandes propósitos, la naturaleza material humana, la influencia de los aires, las aguas y los lugares en la salud, y redujo todas sus observaciones y todos sus estudios á reglas generales en sus aforismos, que son hoy axiomas de la ciencia. Su nombre debía ocupar el centro, como la piedra angular de la medicina. Sobre el busto de Hipócrates brilla el de Galeno, médico insigne, que vivió en tiempo de Marco Aurelio; que tuvo también por norma de su ciencia la observación de la naturaleza; que amplió el estudio de la gran

ciencia del curar en la ancha base de los conocimientos anatómicos; que embebido en la contemplación del cuerpo humano, prorumpió en cánticos sublimes al Creador delante de esta organización privilegiada del hombre, la cual compendia todas las maravillas de la naturaleza. Areteo es el busto de la derecha de Hipócrates en la línea horizontal; Areteo, que ha sido llamado el Rafael de la medicina. A la izquierda se vé á Cornelio Cólso, el Hipócrates latino, el gran escritor denominado por su elocuencia Ciceron de la medicina, el gran cirujano, el filósofo que reunió todos los conocimientos de su época. Al pié se encuentra Celio Aureliano, célebre por sus grandes obras y su extraordinaria ciencia. Estos cinco nombres resúmen los progresos de la medicina en los antiguos tiempos.

Sigue al compartimento de medicina la figura simbólica que representa la filosofía. Es una virgen hermosa como la ciencia que personifica; robusta como la razón; una virgen que se presenta en actitud de andar, de moverse, pues el progreso continuo es el alma de la filosofía, que nunca reposa, como no reposa nunca el inquieto y audaz pensamiento del hombre; tiene la mirada fija en el punto que intenta descu-

brir, y tan penetrante, que llega sin duda hasta la esencia de las ideas y de los séres; lleva en la mano derecha la antorcha de la razón, cuya suave claridad aleja las sombras, que huyen y se desvanecen allá en el fondo del cuadro, y en la mano izquierda una columna para indicar la solidez de sus principios; su frente irradia resplandores celestes; su traje es griego y trasparente, que indica el origen clásico de la filosofía y la transparencia de la verdad. Sobre la figura de la filosofía descúbrese el busto del inmortal Platon. Su nombre debia resplandecer ahí como en señal del esfuerzo sobrehumano de la filosofía para penetrar en lo eterno, en lo inmutable, y arrancando el velo de lo sensible, de lo material, contemplar á Dios frente á frente en arrobamiento divino, viendo en el Sér infinito la realidad de la humanidad y de la verdad, la fuente de la vida, la luz del alma en inmenso sér, que contiene en sí las ideas y los séres contingentes, y en cuya presencia es pálido fulgor la hermosura que se encuentra en la naturaleza, vana sombra la verdad que es dado allegar al hombre.

A la derecha se vé el busto de Aristóteles. Este filósofo representa una nueva faz del espíritu; es observador, es práctico, es humano, es



universal. Su filosofía se eleva del conocimiento de las cosas al conocimiento de las ideas, y del conocimiento de las ideas al conocimiento de Dios. Su mente no estudia lo general sinó despues de haber estudiado lo particular; no llega á la ley, sinó despues de haber conocido el fenómeno. Aristóteles no abarca la naturaleza en una síntesis, la estudia en sus determinaciones, en sus individualidades; no va arrobado en pos de la hermosura ideal, la busca en la naturaleza y en el arte; no modela toda sociedad en su conciencia, la modela en sus leyes y en sus tradiciones; y siendo adorador de un Dios, proclamando la existencia del espíritu, admitiendo verdades universales, independientes de los sentidos, representa la observacion y la experiencia, el sentido comun, el criterio seguro, que sujetándose á las condiciones del hombre, no se pierde como Platon en los inmensos espacios, ántes reina como absoluto dueño en la esfera de lo contingente, aquí en la tierra. A la izquierda se vé á Bacon, al filósofo que aplica el criterio de la observacion á las ciencias experimentales, y mata las hipótesis que habian hecho de las ciencias exactas una astrología judiciaria, ó una leyenda maravillosa, en que faltaba todo el resplandor de la ra-

zon y de la verdad. Bajo el cuadro, al pié, se halla Descartes, cuyo nombre separa la filosofía de la Edad media de la filosofía de los tiempos modernos. Descartes resume la ciencia precedente. Por su empeño en volver la base del conocimiento á la conciencia, es como Sócrates; por su espiritualismo, como Platon; por su conocimiento de la naturaleza, como Aristóteles; por su manera elocuente de hablar de Dios, como San Anselmo y San Agustin; y en su filosofía además encerraba en sí ya como un presentimiento el misticismo de Malebranche y la razon severa y elevada de Leibnitz; siendo el epílogo de un mundo y el prólogo de otro mundo mayor. Platon y Aristóteles son las dos fases de la filosofía antigua; Bacon y Descartes las dos fases de la filosofía moderna, y todos han unido al espíritu del hombre con la naturaleza y con el Criador.

A la figura que representa la filosofía, sigue la que representa la medicina. Es una matrona de edad madura, para significar que en medicina se necesita mucho la experiencia. Mira con amor una figura anatómica grabada en una tabla, la cual descansa sobre un libro en el que se lee el nombre de Hipócrates. Apoya la mano izquierda en el baston de Esculapio, cuyos

nudos representan las dificultades de la ciencia, y cuya serpiente representa la sagacidad que necesita el médico. Sobre la figura se vé el busto de Avicena, el célebre médico árabe que introdujo á un tiempo en Europa el estudio de las ciencias aristotélicas y de las ciencias naturales; Avicena, cuyos cánones y preceptos fueron en la Edad media la base principal de la enseñanza, tanto en Europa como en Asia. Avicena, pues, representa la medicina en la Edad media. A la derecha se vé el nombre de Harvey, unido á los progresos de la medicina moderna, una de sus más claras glorias. Dió una importancia extraordinaria al estudio fundamental de la medicina, á la anatomía, y descubrió y esclareció las leyes de la circulación de la sangre ántes presentidas por el desgraciado español, el inmortal Servet. A la izquierda se vé el nombre de Haller, sábio suizo, poeta y naturalista de fecundidad prodigiosa, que dilucidó admirablemente más de mil doscientas cuestiones sobre botánica, anatomía y fisiología, y que estudió los misterios de la respiración y la generación. Cierra el cuadro Sydenham, médico inglés, cuyo exclarecido nombre lleva un medicamento en nuestros días. Esos sábios, que han estudiado una de las ciencias

más difíciles y más útiles; que han descubierto los misterios de la privilegiada organización del hombre, y sorprendido los secretos de la vida; que han mejorado la condición humana, aliviando grandes dolores, destruyendo penosas plagas; esos sábios, consagrados á la humanidad, después de haber pasado su vida entre las lágrimas y el dolor, y los quejidos de los mortales, vida sublime de abnegación y sacrificios, merecen un recuerdo inmortal en el templo de la ciencia; porque todas las grandes manifestaciones del espíritu humano son igualmente respetables á los ojos de la razón y de la historia, y todas igualmente provechosas al mejoramiento y progreso de la humanidad.

Sigue á la figura de medicina la de farmacia. Es también una matrona que muestra en su edad madura su experiencia. Está observando minuciosamente la naturaleza. Tiene en la mano derecha una culebra, la cual se abalanza á beber el licor guardado en una taza que ostenta en la mano izquierda. Lleva la cabeza cubierta con un paño y está arrimada á un pedestal, donde se vé el busto de Esculapio, en señal de las relaciones que la farmacia tiene con la medicina. En el suelo se ven adormideras, retortas, la máquina de hacer éter y otros instrumentos

necesarios á esta ciencia. Era difícil expresar el símbolo de la farmacia, y el Sr. Espalter, separándola de la medicina, de las ciencias naturales y uniéndola al mismo tiempo en todas sus relaciones, ha mostrado, no sólo la riqueza de su inspiracion, sinó tambien la severidad matemática de su talento. Tromsdorf, Schoell, Klaprot y Lemery, rodean esta figura. Tromsdorf, ocupa el principal lugar, para indicar la necesidad que tiene la farmacia de la química; Schoell es un célebre químico tambien, que descubrió el oxígeno, el cloro, el manganeso, y á quien puede llamarse el creador de la química orgánica, de esa ciencia, que estudiando los cuerpos auxilia á sorprender los misterios de la organizacion y de la vida; Klaprot merece el recuerdo que le consagra la ciencia por haber dado al progreso de los conocimientos humanos un sistema mineralógico fundado en los principios constitutivos de los minerales; Lemery, célebre por su ciencia y por sus desgracias, dió una nomenclatura á los diversos elementos empleados en la farmacia.

La figura de las ciencias naturales que sigue á la de farmacia, es radiante de hermosura. Representa una jóven robusta, llena de vida, morena por los besos ardorosos del sol que ha

recibido en su rostro, vestida de mil colores como los alados insectos, como las pintadas aves, como los escamosos peces, como las gayas flores; inclinada hácia la diosa Isis, es decir hácia la madre naturaleza; apoyada en una peña en actitud de reposo, como enseñando que le han costado largos trabajos, y sobre todo largos riesgos, sus varios conocimientos; con un pié sobre un monton de minerales, y rodeada de los frutos que dan de sí los campos, mientras en el cielo que la corona se ven los reflejos de un volcan que forma el fondo de este inspirado cuadro, lleno de vida como una mañana serena de primavera, y de poesía como una noche de estío. Campea sobre la figura el nombre colosal de Galileo. Naturaleza, fiel á sus pensamientos, magnetizada por su mirar, respondió siempre á las preguntas y á los conjuros de este génio inmortal. Él dotó con el telescopio, de un sentido más al hombre, levantándose hasta el centro de las esferas celestes; él demostró con el péndulo el movimiento de la tierra y le señaló la triunfal carrera que sigue en los infinitos espacios; él mereció que cielo y tierra le confiaran sus más recónditos secretos, y de esta suerte es el gran profeta, el gran reveladar de la naturaleza. Huyggens, que

está á la derecha, es un físico que estudió el péndulo y aplicándole á los relojes, contó las pulsaciones del tiempo y anotó en el papel la música divina de los astros. Lavoissier, que está á la izquierda, es fundador de la química pneumática; génio feliz que descubrió en sus retortas la impalpable esencia de la materia, que analizó el aire respirable y la combustion, y descompuso el agua; mártir, que en la triste hora de su muerte pedía á sus verdugos un instante más para descubrir otro secreto, para conocer otra verdad; representante de los progresos de la química en nuestros tiempos, de la química, que ha dado tantos elementos al comercio, y tan ricos auxilios á la industria, probando una vez más la utilidad positiva de las ciencias. El nombre de Linneo, que cierra el cuadro, simboliza la gran reforma de las ciencias naturales; porque Linneo, abrazando en su mente los dispersos fragmentos del mundo orgánico y del mundo inorgánico, les dió una ley en su elevado pensamiento. Galileo, Huyggens, Lavoissier y Linneo, representan las cuatro grandes fases de las ciencias físicas y exactas.

Cierra este muro la figura de la astronomía. Es una hermosa matrona que lleva una corona de estrellas y que se destaca de un horizonte,

en cuyo fondo reverbera la luz del sol poniente. Sus ojos se pierden dulcemente en lo infinito; su rostro tiene el sello de profunda meditacion; su brazo derecho está apoyado en un pedestal y su mano sostiene un compás, con el que ha trazado varias figuras geométricas, como para detener en aquellas líneas el movimiento de los astros y estudiar esas dulces notas de la eterna música que forman las esferas celestes. Al frente de la figura, en un pedestal, se vé la esfera armilar, y en el suelo un telescopio, ese nuevo sentido del astrónomo, y varios instrumentos de matemáticas; porque al fin las matemáticas son como la astronomía del alma. Lleva esta figura un traje egipcio, para indicar que en las orillas del Nilo y en los primitivos imperios que registra la historia de la humanidad, el hombre buscaba ya con ávidos ojos el secreto de los mundos, como si el centro de gravedad estuviera para las almas en el cielo. Rodean esta figura los nombres de Copérnico, Keplero, Ticho-Brahe y Newton. El nombre de Copérnico es como el prólogo de la moderna astronomía, como la primer palabra de esta ciencia en nuestros tiempos. Copérnico es en la historia de la astronomía lo que Bacon en la historia de las ciencias experimentales y Des-

cartes en la historia de las ciencias especulativas. El gran sábio vió el sol fijo en el centro del universo y mostró la tierra y los astros bañados por su luz, atraídos también y suspendidos en los espacios por su fuerza. La ciencia moderna no ha hecho más que demostrar esta verdad. El nombre de Keplero merece también el lugar en que campea y el recuerdo que le consagra el arte. Él descubrió las leyes del movimiento de los astros y de sus armonías; enseñó á calcular las revoluciones de los planetas; señaló con mano firme la órbita que el dedo de Dios ha trazado á los mundos; vió á Vénus y Mercurio pasar sobre el disco del sol; escribió las tablas de logaritmos para leer en el pensamiento la astronomía del cielo, y descubrió las leyes de las esferas celestes, levantándose en alas de su pensamiento á Dios, de cuyo templo son como áureos vasos los mundos; á Dios, el gran Artista del universo, el gran pintor de la naturaleza, el gran escultor del hombre, el gran músico de las esferas. Ticho-Brahe, que está al lado de Keplero, fué compañero y amigo de este sábio, y pasó su vida leyendo las estrellas en Uraniemburg, observatorio astronómico levantado en los helados mares del Norte, y allí escribió la teoría de la

luna y estudió el movimiento de los cometas. Al pié de todos se vé el nombre más célebre en la ciencia moderna, el nombre inmortal de Newton. Su alma es como un astro de primera magnitud, que señala nuevos rumbos á la ciencia. Newton impulsó el álgebra, calculó lo infinito; del hecho sencillo de la caída de una manzana, al desprenderse del árbol, dedujo las primeras ideas sobre la gravitación universal; descompuso la luz y estudió los secretos de la óptica; explicó el movimiento de la tierra alrededor del sol, el movimiento de la luna alrededor de la tierra, el flujo y reflujo de los mares; de suerte, que la naturaleza no tuvo secretos para su génio inmortal.

Al concluir las figuras sigue el compartimento de farmacia, en que se vé en el centro el busto de Dioscórides, médico griego de Sicilia, del siglo primero de nuestra era, que escribió sobre materia médica y sobre fuentes para el conocimiento de la botánica; siendo un verdadero modelo en su lengua; á la derecha el busto de Serapion, célebre naturalista, amigo de Plutarco, médico y poeta; á la izquierda Abenzoar, médico español, de origen árabe, de religion judío, que dejó un libro cuyo título era *Rectificatio medicationis et regiminis*; en la

extremidad superior de la línea vertical se vé el busto de Messue, médico de aquellos gigantes que crearon el gran pueblo de los Almohades, terror del mundo, sábio que escribió una farmacopea; y en la extremidad inferior de la línea se vé el busto de Erófilo, el verdadero creador de la anatomía.

Sigue á este compartimento el de ciencias físicas y naturales, con que concluye el muro de la izquierda. En el centro está Theofastro, fecundo naturalista que escribió numerosísimos tratados, especialmente sobre historia de las plantas; siendo su sistema como el anuncio, el precedente de Linneo. Sobre el busto de Theofastro campea Plinio, aquel célebre naturalista que escribió la enciclopedia de su tiempo, que nos dió á conocer el estado de la industria y de las artes y al mismo tiempo los progresos de la botánica, de la mineralogía y de los demás ramos importantísimos de la ciencia; mártir de su amor al saber, que murió abrasado por las llamas del Vesubio. A la derecha se vé á Euclides, el célebre matemático, cuyo nombre se repite aún todos los días en las escuelas. A la izquierda resplandece Arquímedes, el gran físico que desecó las lagunas del Nilo; el portentoso mecánico que movió cuerpos inmensos con

sus máquinas; el matemático que estudió las esferas, los cilindros, los círculos; mártir también, también desgraciado, como sucede casi siempre á los hombres de elevado espíritu y de gran corazón en la tierra. Al pié del cuadro se vé el nombre de Arnaldo de Villanueva, sábio del siglo décimo-tercio, catalan, según el común sentir, médico, astrólogo, químico, hombre que representa admirablemente la ciencia de su siglo. Con este compartimento acaba el muro de la izquierda del trono.

Al pié del salón, frente al sólio, se vé el retrato de doña Isabel la Católica; esa mujer extraordinaria que corona la Edad media, forja nuestra nacionalidad, destruye los últimos reductos y fortalezas del árabe enemigo, aplasta la cabeza de la serpiente del feudalismo, levanta el estado llano al gobierno y á los tribunales, amenaza á los africanos en sus mismas guaridas, triunfa en el Mediterráneo y en Italia, descubre una nueva creación escondida entre las ondas del ignorado Océano, lleva la luz del Evangelio á remotas y desconocidas playas, levanta á las universidades, protege el nuevo árbol de vida del espíritu humano, la imprenta, y lleva sobre sus sienes gloriosísimas el resplandor de los futuros siglos, alzándose como

una estátua ideal entre las ruinas de la Edad media y el nacimiento de nuestros tiempos.

Hemos concluido esta descripción larga y difusa y desaliñada; mas la inmensidad del objeto es nuestra única disculpa. Como se vé, con sólo parar mientes en la descripción, se trata de la personificación de todas las ciencias, de su historia inmortal, de sus progresos; de los hombres que las han ilustrado con su gloria, de los génios; de los mártires que señalan sus transformaciones y sus triunfos; y esta materia es tan vasta como toda la historia, y tan profunda como el humano espíritu.

El Excmo. Sr. Marqués de San Gregorio, cuyo celo por el esplendor de la Universidad nunca será encarecido cual merece, ha contribuido, contando con el auxilio del gobierno, á la conclusion de una obra de que tanta gloria han de reportar las ciencias y artes españolas. Los dignísimos catedráticos de la Universidad D. Pedro Sabau, D. Alfredo Adolfo Camús, don Pascual de Gayangos, D. José Amador de los Rios, D. Fernando de Castro, D. José Camps y Camps, D. Juan Castelló, D. Venancio Gonzalez Valledor, D. Eduardo Palou, D. Manuel Colmeiro, D. Antonio Aguilar y D. Miguel Colmeiro, han contribuido con sus sábios consejos

y sus luces á que los dos artistas escribieran esta nueva página en el libro inmortal de nuestras glorias. Reciban todos el agradecimiento que merecen por tan sublime obra.

Año 1857.